

y del Condestable Santo, y por qué vino de la stirpe ducal de Medina Sidonia la mujer que, varonilmente, amparó en el período más incierto de la guerra la marcha vacilante del Portugal Restaurado.

Y termino. Terminó exactamente cuando pasa otro aniversario más de la batalla de Aljubarrota, batalla que no sólo consolidó la independencia de Portugal sino que al cimentar el futuro peninsular hizo posible la incomparable empresa de los descubrimientos.

Si hubiésemos vencido en Toro, se hubiese perdido Aljubarrota casi cien años después. Perdida Aljubarrota, estaríamos seguramente los hispanos en contiendas intestinas, como las que debilitaron a Italia, o no habríamos sobrepasado el ideal francés de redondearnos y completarnos a costa del vecino. La vocación universalista de nuestro genio no se hubiese cumplido, ni los *Lusiadas* tal vez se hubieran escrito, esculpiendo en el bronce de sus estrofas el «Testamento de España». En la raíz, por tanto, de la inspiración hispanista, Aljubarrota existe como fundamento inamovible de la unidad superior de la Península, y existe y existirá consecuentemente al dualismo en que ella se reparte. ¡Que Portugal y España lo entiendan como norma inspiradora de su acción futura y la civilización occidental triunfará de la densa oscuridad en que se extravía!

Elvas, quinta do Bispo,  
Víspera de Santa María de Agosto,  
año de 1924.

## LA UNIDAD HISPANICA...

La enorme significación universal de los descubrimientos no consiste tan sólo en haberse abierto a la actividad humana nuevos continentes y nuevos océanos. Consiste, ante todo, en haber trasladado del Mediterráneo al Atlántico el eje de la civilización. Por este suceso único, asombrosamente transfigurador de la faz de la Tierra, la Edad Moderna es hija de un pequeño pueblo de navegantes, al que no siendo fácil desenvolverse por la expansión territorial, buscó en el imperio de las aguas el apoyo principal de su soberanía militar y política.

Hoy, como ayer, es en el mar donde se encuentra la llave del resurgimiento de Portugal. Hoy, más que nunca, es en el poderío naval donde reside la base, no diré de la hegemonía, pero sí de la independencia y de la defensa de la Península. Cuando hablo de la Península, hablo necesariamente al mismo tiempo de Portugal y de España. Los mismos intereses nos ligan y las mismas aspiraciones. Lo que en las páginas de nuestra Historia nos aparece como más alto y más bello, patrimonio es de las dos patrias peninsulares. Sólo los españoles y los portugueses supieron verdaderamente colonizar, elevando a

las razas inferiores a una sociabilidad mayor, esmaltada con los preceptos de la fe cristiana. No ignoro que una vasta conspiración de silencio y de calumnia oscurece porfiadamente nuestro admirable esfuerzo civilizador. Pero, sin duda, sus peores consecuencias se reflejan en la indiferencia criminal, que hace de portugueses y españoles los más irreconciliables adversarios. Y, sin embargo, estamos unidos por una sagrada hermandad; hermandad que, sin remontarnos a misteriosos orígenes, se evidenció y fortaleció a lo largo de la formidable epopeya de la Reconquista, en Las Navas de Tolosa y en el Salado. La bula de un Papa repartió entre portugueses y españoles el mundo que estaba por descubrir. Los unos al lado de los otros, nos encontramos también refrenando a los piratas, que infestaban el lago de la Cultura Antigua. Y si miramos más cerca de nosotros, para hace poco más de cien años, ya llenos de muchas cicatrices que nos separarn, ¿qué es lo que presenciaremos? Pues a portugueses y españoles abrazados en una lucha heroica y tremenda, hasta llevar a una derrota definitiva a los prestigiosos Ejércitos de Napoleón.

¡Y no se limita a los fastos de la guerra esa estrecha e indisputable afinidad de portugueses y españoles! Las Letras y las Artes la acusan también, simultáneamente, con vigor y brillo. Camoens es un clásico de la lengua castellana, como lo es Sá de Miranda, como lo es Jorge de Monte-Mayor, como lo es don Francisco Manuel de Melo. En cambio, el nombre de Portugal resplandece en todo el teatro del siglo de oro, con «El Príncipe Constante», de Calderón de la Barca; con «El vergonzoso en Palacio», de Tirso de Molina; con «Reinar después de morir», de

Vélez de Guevara. Es que existió una *conciencia hispánica*, tan bien definida, por lo que respecta a la poesía peninsular, por la pluma de doña Carolina Michaelis de Vasconcelos, cuando con raro acierto la llama «bilingüismo literario».

Este «bilingüismo literario» se expresaba, según la ilustre señora, en el curiosísimo fenómeno de «que hasta fines del siglo xv el lenguaje épico era el castellano para españoles, gallegos, portugueses y catalanes (y facultativamente continuó siéndolo en los siglos xvi y xvii), como el lenguaje lírico fué hasta 1350 el gallego portugués para portugueses, gallegos y españoles (y aun para algunos trovadores limosines), y continuó siéndolo facultativamente hasta 1450. De lo que resulta que romances escritos en castellano, no por eso son necesariamente obra de castellanos, y se hace probable que el pueblo que cinceló joyas tan finas como «En el mes era de Abril» y «Gritando va el caballero» (y contribuyó de 1450 en adelante al Cancionero y Parnaso lírico con una infinidad de composiciones valiosas, enriqueciendo también el peculio de la nación vecina con novelas de caballería, novelas pastoriles, comedias, obras históricas, etc.) colaboraría igualmente en la parte anónima del Romancero y con anterioridad en la refundición juglaresca de las gestas épicas» (1).

Nacido en condiciones que no es posible examinar

(1) *Estudios sobre o Romancero peninsular*. (Cultura española, número 7, 1907). No estaría fuera de propósito el citar aquí el conocido pasaje del *Proemio* del marqués de Santillana al Condestable de Portugal, acerca de los orígenes galaicolusitanos de la poesía lírica española:

«Y después hallaron este arte, que mayor se llama, y el arte

de momento, el «bilingüismo literario», tan bien caracterizado por doña Carolina Michaelis de Vasconcelos, está magníficamente caracterizado por Gil Vicente, epónimo glorioso de la gloriosa dramaturgia castellana, que, en la encantadora rusticidad de su encanto primitivo, es en la literatura de la Península el equivalente lírico de ese asombroso Nuno Gonçalves, de cuyo pincel genial el señor Beruete hace descender toda la pintura tenida como genuinamente española al decir que «de cuantos primitivos peninsulares se conocen, es Nuno Gonçalves aquel en que se encuentran tan sólo definidas y marcadas las características de las grandes escuelas de nuestra Península» (1).

Pues estos dos nombres, el de Gil Vicente y el de Nuno Gonçalves, me bastan a mí para evocar «esa

---

común creo, en los reinos de Galicia y Portugal, donde no es de dudar que el ejercicio de estas ciencias más que en ningunas otras regiones ni provincias de España se acostumbró; en tanto grado, que no ha mucho tiempo cualesquier decidores y trovadores destas partes, ahora fuesen castellanos, andaluces o de la Extremadura, todas sus obras componían en lengua gallega o portuguesa.» (Obras de don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana... compiladas por don José Amador de los Ríos. Madrid, 1852.)

(1) Discursos pronunciados en el banquete ofrecido al académico español don Aureliano de Beruete y Moret. Lisboa, MCMXVI. El señor Beruete y Moret, después de afirmar que Nuno Gonçalves «no tiene antecedentes ni se parece a nadie», añade que en la personalidad de nuestro pintor cuatrocentista cree ver «un origen, una primera interpretación de un modo pictórico, de características, que son las que después hacen tan grande, no ya sólo el arte portugués, cosa que sería perfectamente explicable, sino el arte peninsular, el arte español».

despierta y feliz edad en que el sentimiento de la unidad hispánica dominaba la política y el arte de uno al otro lado de la Península (1). Porque el sentimiento de la unidad hispánica, acentuémoslo, desde luego, no es la aberración utópica del «iberismo», negando como doctrina absorbente a Portugal los derechos eternos de su independencia. Es, al contrario, la confirmación de la parte que a los portugueses pertenece, como nación autónoma, dentro de la historia inmortal de la Península.

Si en Aljubarrota se consolidó definitivamente la separación política de Portugal y Castilla (de ningún modo la admitía el testamento del Rey don Fernando) (2), es igualmente cierto que nadie como la casa de Avis sintió la necesidad de una aproximación política entre las dos nacionalidades, no hurtándose nunca a orientar en ese sentido sus preferencias en materia internacional.

Eramos entonces nosotros, los portugueses, pode-

---

(1) Don Ramón Menéndez Pidal. Discurso acerca de la primitiva poesía lírica española. Fué leído en el Ateneo de Madrid el 29 de Noviembre de 1919.

(2) Véase el Tratado de Salvatierra de Magos, de 2 de Abril de 1383. (Don Antonio Caetano de Sousa, «Historia genealógica de la Real Casa». Pruebas. Tomo I, pág. 296.) «Los incansables esfuerzos de don Fernando para mantener la integridad de Portugal se manifestaron en todos sus actos, y sobre todo en el célebre Tratado de Salvatierra (1383), en que excluyó del Trono a su propia hija y al Rey de Castilla, pasando la Corona al hijo que de ellos naciese, al llegar su mayoría de edad. Como el Rey extranjero tenía otro hijo que reinaría en Castilla, quedaba así asegurada la autonomía de Portugal». (Conde de Vila-Franca, «Don Juan I y la alianza inglesa». Página 2, nota 2.)

rosísimos en el mundo. Y no contribuyó poco al aumento de nuestra influencia y de nuestro prestigio la acorde reciprocidad que en sus relaciones se empeñaron en mantener, desde cierto momento en adelante, Portugal y Castilla. El proceso empleado fué, principalmente, el de las alianzas matrimoniales. «Las relaciones de parentesco, de alianza y de primazgo entre casas que simbolizaban, por otra parte, eminentes rivalidades de intereses nacionales, representaban un grado de civilización y de humanidad que se ha perdido en parte...—ha escrito Charles Maurras—. Era la flor de su país de origen la que las Reinas llevaban al de sus esposos: las costumbres, las lenguas, las artes, las ciencias, las letras, la poesía..., y de ello resultaba un aspecto nuevo, moral, espiritual, de lo que la diplomacia llamaba el equilibrio de nuestra Europa en los tiempos en que todavía existía Europa», termina Maurras, melancólicamente (1).

Esto es lo que sucedía entre Portugal y Castilla. Sucedió desde siempre, desde la constitución del Estado portugués. Exactamente, porque los antagonismos nacionales y dinásticos se chocaban a cada instante con extraordinaria violencia, es por lo que la política humanísima de los matrimonios reales conseguía la necesaria armonía a los destinos superiores de la Península, realizando una constante corrección de orden espiritual, que bien pronto se tradujo en beneficios todavía hoy difíciles de olvidar. Sobre todo,

---

(1) «L'Action Française» de 16 de Octubre de 1915. Citada por M. Wallez en su libro «La Belgique de demain et sa politique». Bruselas, 1916.

por las razones sumariamente expuestas por Charles Maurras, al señalar la influencia que las Reinas significaran siempre a favor de su país de origen, es por lo que hubo una unidad hispánica, y por lo que la unidad hispánica se hizo posible.

Y me es dulce a mí, en mi prolongado destierro, recordar el surco luminoso que en Castilla dejaran tantas y tantas Princesas de mi raza! Refiérese Charles Maurras, al «grado de civilización y humanidad» que las relaciones de parentesco introducían antaño en la vida agitada de los pueblos. Verdaderamente, ¡qué alto grado de civilización y humanidad se desprende de la entrevista célebre de Valença do Minho (1) entre Santa Teresa de Portugal y doña Berenguela de Castilla! Una guerra fratricida se evitó por el simple poder del espíritu encarnado allí en dos mujeres piadosas que, divorciadas del mismo Monarca, tenían profundos motivos para no querer entrevistarse ni de lejos.

Pero fué más fuerte la fe militante de aquel tiempo, dando a las conciencias una regla imperiosa de conducta social que hoy no se practica y ni siquiera se conoce.

Gracias a Santa Teresa de Portugal, se unió Cas-

---

(1) No se ponen de acuerdo los historiadores sobre qué Valencia sería. El cronista de las Ordenes Militares españolas, fray Francisco Rades y Andrade, opta por Valencia de Don Juan en el antiguo Reino leonés. Es esa también la opinión de mi ilustre amigo don Antonio Ballesteros, en su bellísima «Historia de España y su influencia en la Historia universal» (tomo II, pág. 273). Por su parte, el padre Luis Coloma, en su cuento «Fabas de Dueñas», localiza el encuentro de Santa Teresa con Doña Berenguela en Valencia de Alcántara.

tilla a León, sin que la sangre corriese, sin que «las espadas loberas» tuviesen que prevalecer sobre «las fablas de dueñas» (1). Y para mi emoción recogida, esa figura medio deshecha de monja coronada y santificada, inicia una teoría adorable de fantasmas que, en el destierro, me aparecen a veces ante la lámpara del trabajo, para alentar mis largas vigiliias de expatriado. Es Santa Mafalda, Reina como la primera y tan olvidada como ella, niña y moza, que bien de prisa cambió la guirnalda de novia por el velo de esposa del Señor. La sigue la «hermosísima María» del episodio célebre de Camoens, quien trajo a Alfonso XI el socorro de Alfonso IV de Portugal. Paseando su nerviosismo entre Arévalo y Madrigal, se destaca ahora de la procesión enneblinada la madre de la gran Isabel, Isabel también, que infiltró en el árbol débil y carcomido de los Trastamaras la sangre juvenil de la Casa de Avis. Porque sin recorrer a una herencia tan magníficamente dotada como la herencia de los «altos Infantes», Isabel la Católica, se nos antoja inexplicable, hija de un abúlico como Juan II y hermana de Enrique IV, igualmente incapaz del menor asomo de voluntad. En cierto como ya lo pensaría el padre Flórez, así, al esbozarle el epitafio en las «Memorias de las Reynas Católicas»: «di que sabemos los padres; pero no de quien heredó la heroicidad del ánimo» (2).

Pero no quiero proseguir sin sacar de la penumbra de la historia a dos Princesitas casi ignoradas, que se

(1) Alusión al episodio contado por el padre Luis Coloma, «Fablas de Dueñas», en su volumen «Historias varias».

(2) Volumen II, edición de 1761.

adornaron con los florones de la Corona de Castilla. Es una doña Constanza, mujer de Fernando IV, *el Emplazado*, y la otra, doña Beatriz, casada con don Juan I, el desventurado vencido de Aljubarrota. Hija de Santa Isabel, doña Constanza constituyó la prenda de la paz negociada por doña María de Molina con el Rey don Dionís. Muerta en plena juventud, de ella nacería el héroe del Salado, y toda su vida respira la sombra de tragedia que se proyecta sobre el fin shakespiriano de su marido. Sin esposo, sin trono y sin patria, no es menos elegiaca la existencia de doña Beatriz, quien oscurecida por el nombre de Leonor Téllez, su madre, no alcanzó de ningún escritor portugués la erudita caridad de que la resucitase un poco, para el recuerdo conmovido de sus compatriotas. Y, sin embargo, nada más dulce en su penumbra discreta que esa sombra de Reina, que no se sabe dónde está enterrada, y de la cual un cronista escribió: «Perseveró en una ejemplar viudez, pues siendo moza y pretendida por varios Príncipes, no quiso admitir segundo tálamo, dejando a la posteridad la memorable sentencia de que las mujeres como ella bien nacidas y de buenas costumbres, no deben conocer dos maridos» (1).

Retrocediendo, sin embargo, al filo de los tiempos, y sin detenernos en la locura amorosa que dió el ser a la *Beltraneja*, entre nosotros llamada la *Excelente Señora*, he aquí que, detrás de doña Isabel la Católica, otra Isabel se destaca, envuelta en una singular aureola de hermosura. Es la compañera querida de

(1) «Memorias de las Reynas Católicas», ya citadas, tomo II, página 697.

Carlos V, es la Emperatriz Isabel, cuya suave y pensativa belleza fijó el Ticiano en un lienzo admirable, que aún hoy, al visitar el Museo del Prado, nos impresiona. Llevó la Emperatriz por su muerte, a los caminos de la santidad, al gentil marqués de Lombay, que en breve fué San Francisco de Borja. Y Carlos V la sintió tan profundamente, que el cardenal Cienfuegos cuenta en alguna parte a ese respecto: «Las demostraciones del Emperador en esta desgracia fueron iguales a la pérdida, llorando tanto tiempo y con tanta alma, que se conocía bien que con el trato de la Emperatriz se le había pegado toda la ternura portuguesa» (1). Pero no es tan sólo un alma llena de discreto perfume el alma de Isabel de Portugal, a quien Pizarro envió del Perú, como despojo de guerra, un bello ramo de esmeraldas con las palabras siguientes: «Y, pues ellas mismas llevan consigo la esperanza, mande V. M. refrescar la que me queda mandándome en qué le sirva de particular, porque con esta memoria me tendré por pagado de lo que he servido» (2). Reinando en el corazón de los santos y de los héroes, la Emperatriz gobernó sabiamente a España (3) durante las largas ausencias de Carlos V, y venida del enlace de don Manuel I con

(1) Alvaro Cienfuegos, «La... vida del grande San Francisco de Borja», Madrid, 1717; libro II, cap. VI, párrafo 2, página 55.

(2) Antonio Jaén, «Retratos de mujeres». (Monografía de historia y arte.) Segovia, 1917.

(3) Véase la interesante monografía de don Javier Vales Faílde, cura de Palacio, auditor del Tribunal de la Rota y rector de la Universidad Católica de Madrid. «La Emperatriz Isabel». Madrid, 1917.

doña María de Castilla, de Isabel de Portugal nació Felipe II, quien, uniéndose a su vez a la Infanta doña María, su prima, hija de nuestro don Juan III, había de dar lugar por este casamiento a episodios de amor romántico, insospechados en tan reconcentrado carácter (1).

Tales fueron las principales obreras de la *unidad hispánica*, en la cual residió el secreto de la hegemonía mundial de la Península durante la Era del Quiñientos. Y su acción, la acción constante y persuasiva de las reales plantas de Portugal, así trasladadas al solio de los Monarcas españoles, se completaba eficazmente, en duración y en extensión, con la acción no menos perseverante del numeroso séquito que de las márgenes del Tajo las acompañaba, damas, hidalgos, tañedores, toda una turba rumorosa de servidores de la más varia categoría. En rápida revista señalaré, sin salir del mundo femenino, a doña Beatriz de Silva, precursora del culto de la Inmaculada, y en la actualidad, en los umbrales de la beatificación. Hermana del Beato Amadeo, doña Beatriz de Silva, pasó a Castilla en la comitiva de doña Isabel de Portugal, madre de la gran Isabel, y su intensa vida moral inspiró a Tirso de Molina una conocidísima comedia. En el cortejo abierto por ella avanzan después, aunque con menor relieve, también con un florido prestigio, los nobilísimos perfiles de doña Isabel Freire, de doña Leonor de Castro y de doña Leonor de Mascarenhas. Doña Isabel Freire es la

(1) Sobre doña María de Portugal hay un curioso artículo de Enrique Pacheco de Leiva en el «Blanco y Negro» del 30 de Noviembre de 1919.

*Elisa*, de Garcilaso de la Vega (1), la Elisa que él lloraría amargamente en su dolor de lírico apasionado:

«¿Do están aquellos claros ojos  
que llevaban tras sí como coigada  
mi alma, doquier que ellos volvían?  
.....

Aquesto todo agora ya se encierra  
por desventura mía  
en la fría, desierta y dura tierra.» (2)

En cuanto a doña Leonor de Castro, de la Casa de la Emperatriz Isabel, la cabe el honor de haberse desposado con quien iría a llamarse San Francisco de Borja. A su vez, doña Leonor de Mascarenhas, comparada por Sá de Miranda a Victoria Colonna, es una de las más activas colaboradoras de la Contra-Reforma en España. La Emperatriz Isabel la confió la educación del futuro Felipe II, quien la encomendaría más tarde la del desgraciado Príncipe don Carlos. Sánchez Coello nos dejó presumiblemente el retrato de doña Leonor de Mascarenhas (3), que terminó sus días en un convento de su fundación. Devota

(1) Doña Isabel Freire es también la «Celia» de Sá de Miranda, a quien inspiró una pasión intensísima, si es que no influyó antes en el poeta el concepto platónico del Renacimiento, del que fué un ejemplo perfecto la amistad de Miguel Ángel con Victoria Colonna. Bernardim Ribeiro, en su «Egloga II», alude al amor de Sá de Miranda (Franco de Sandovir) por doña Isabel Freire (Celia), diciendo que «do desterraron por ella». También doña Isabel Freire fué celebrada por Sá de Miranda en la égloga «Celia», a que dió nombre.

(2) Garcilaso, «Obras». Ediciones de «La Lectura». Madrid, 1911. Páginas 18-19, égloga I.

(3) Atribúyese también a Fray Juan de la Misericordia.

de San Ignacio y de su Orden, a la sazón naciente, doña Leonor de Mascarenhas, que por una hipótesis amable había prendido al gallardo don Iñigo López de Recalde a los encantos juveniles de su belleza y de su espíritu, dictó con su alto prestigio las direcciones morales de la Corte de Felipe II y desembarazó el camino de la Compañía de Jesús cuando se introdujo en España (1).

Compréndese con tan fuerte penetración y con ambiente tan propicio, cómo en más de un conflicto entre Portugal y Castilla nuestras princesas intervinieran eficazmente, no cabiendo solo a las hembras de la dinastía de Avís esta gloria inolvidable. Ya antes, con Santa Teresa de Portugal y con la «hermosísima María», sabemos cuántas contiendas peninsulares se dulcificaron y solventaron únicamente por el poder conmovedor del corazón y del parentesco. Aragonesa de nacimiento, Santa Isabel Reina, promovería en la entrevista de Fuente-Guinaldo con doña María Molina—*doña María la Grande*—las paces de Portugal con Castilla. La tradición que venía, pues, de la primera dinastía portuguesa, no hizo sino afirmarse en la inmediata: precisamente, en la que entroncaba en Aljubarrota. Es en verdad con la di-

(1) Vid. *Poesías de Sá de Miranda*. Edición de doña Carolina Michaelis de Vasconcellos, páginas 39-40 y 744-745. En el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, año XXVI de su publicación, se ve, con un retrato de doña Leonor de Mascarenhas, un curioso artículo del crítico de arte don Javier Sánchez Cantón. Felipe II estimaba tanto a doña Leonor, que la entregó la educación de don Carlos con las siguientes palabras: «Este niño no tiene madre; sedlo vos suya como fuisteis mía».

nastía de Avis con la que se intensifica como nunca el acrisolamiento de los lazos sentimentales y culturales, por cuya pacífica virtud Portugal y España merecieran de Dios la gracia de crear en el mundo un tipo impercedero de civilización. No nos olvidemos por ello de nuestra Infanta doña Brites, tía de Isabel la Católica y suegra del *Príncipe Perfecto*, que, a raíz de Toro, aproxima y reconcilia a los dos bandos en que se dividía la familia.

Tan íntima, tan estrecha afinidad, lleva al extremo de ser decisivo, en la composición fisonómica de los Austrias españoles, el elemento familiar portugués. Efectivamente, si aplicamos a Felipe II—su ejemplar más representativo—las conocidas leyes de Galton sobre la herencia, comprobaremos que este Monarca realizó fisiológicamente un caso de puro y exclusivo lusitanismo. En su valiosa monografía «Portraits d'Infantes» (1) observa madame Louise Roblot-Delondre acerca de un *crayon* de la Infanta doña María de Portugal, conservado en el *Museo Condé*, en Chantilly, que doña María tenía «le masque allongé, des princesses de la Maison d'Avis, type de race qui allié a un type impérial, deviendra celui de la plupart des Infantes» (2).

Ahora bien; el «tipo imperial», que no era otro que el de la Casa de Austria, traía ya en su ancestralidad una fuerte adición portuguesa. Carlos V, descendiente del Maestre de Avis y del Santo Condestable por su abuela Isabel la Católica, descendía tam-

(1) *Portraits d'Infantes XVI<sup>e</sup> siècle*. (Etude iconographique). París et Bruxelles, Van Oest et Cie 1913.

(2) Obra citada, pág. 27.

bién de nuestro don Juan I por Felipe el Hermoso su padre, y éste, a su vez, era nieto paterno de una portuguesa, la varonil Emperatriz doña Leonor (1), y bisnieto materno de la duquesa de Borgoña, doña Isabel, única hija nacida del matrimonio del Maestre de Avis con doña Felipa de Lencastre.

Perdóneseme la impertinencia genealógica; pero creo demostrar gráficamente la elevada dosis con que se operó la influencia portuguesa hasta en la propia estructura familiar de la dinastía que mejor personificó las aspiraciones de la España inmortal. Ya con don Alfonso V, vencido en Toro por Isabel la Católica, se verificó una coincidencia notable: la de que descendía de don Juan I de Castilla—él, el Monarca portugués—en el mismo grado en que Isabel descendía del Maestre y del Condestable, vencedores en Aljubarrota. Nada pone en evidencia, como esta circunstancia, los vínculos que apretadamente ligaban entre sí a los portadores del cetro glorioso de las gloriosas nacionalidades peninsulares. En Felipe II, aumentado mucho más el abundante atavismo portugués por parte de la Emperatriz, su madre, la herencia física se juntaba a la herencia psicológica. No nos sorprende, pues, que el Austria taciturno, el Rey que justamente define Salaverría como «un Rey entero, sincero, que sintió el destino de España en toda su trágica grandeza» (2), sufriese también de la lusitanísima dolencia de la *saudade*. Él mismo nos lo con-

(1) Sobre tan admirable figura de mujer, honra de nuestra raza, aconsejamos la lectura del excelente estudio de Luciano Cordeiro, «Una sobrinha do Infante, imperatriz da Alemanha e rainha da Hungria». Lisboa, 1894.

(2) *La afirmación española*, pág. 65. Barcelona, 1917.

fiesa en un precioso pasaje de la correspondencia cambiada por las Infantas, sus hijas, cuando fué a jurar en las Cortes de Tomar. «De lo que más soledad he tenido es del cantar de los ruyseñores, que ogaño no los he oydo» (1), confiesa Felipe enterrecido.

Esto es suficiente para darse cuenta de lo que Portugal valía y pesaba tan sólo casi, gracias a la obra de sus Princesas, en las tendencias más profundas de la sociedad castellana durante aquel período de esplendor y poderío para las dos mitades de la Península. Lo demuestra madame Roblot-Delondre en su citado trabajo, cuando se refiere a las *modas portuguesas* (2), que los retratistas de la escuela de Sánchez Coello nos muestran como predominando en la Corte de España hasta que llega Isabl de Valois con «les robes très amples et les grandes doubles manches formant manteau du cour». Pero ¿en qué consentían las *modas portuguesas*?

«Les modes portugaises—nos dice la simpática autora del estudio iconográfico *Portraits d'Infantes*—sont caractérisés par la simplicité des grandes lignes qui suivent de près la forme du corps, par l'emploi de velours de grenade aux tonalités sombres et chaudes, enfin, par une sobriété de bon goût (no hay que olvidar que está hablando la especial autoridad de una mujer) dans la distribution des «puntas» et des bijoux.»

Si en tan pequeños detalles Portugal dejaba tras sí

(1) Gachard. *Lettres de Philippe II à ses filles les infantes Isabelle et Catherine écrites pendant son voyage en Portugal...*, pág. 161. París, 1884

(2) Obra citada, pág. 75.

vestigios imborrables, no es de extrañar el que su nombre llenase las más bellas páginas de la literatura española del siglo de oro. Eran los últimos ecos del paralelismo social y político, que floreciera tan alto en el concepto de la unidad superior de la Península, hasta el punto de hacer exclamar a Camoens en su poema:

«Eis aqui se descobre a nobre Hespanha  
como cabeça ali da Europa toda.»

Por el mismo sentimiento Fernando de Herrera, en su «Canción por la pérdida del Rey don Sebastián» (1), había de considerar como un desastre peninsular la catástrofe de Alcazarquivir, donde, junto a los caballeros portugueses, cayeron bastantes soldados españoles. Es grato a nuestros oídos portugueses el oírle invocar:

.....los famosos,  
los fuertes y beligeros varones,  
que conturbaron con furor la Tierra,  
que sacudieron reinos poderosos,  
que domaran los orridas naciones  
.....  
con assi s'acabaron, è perdieron  
tanto eroico valor en solo un día  
i lexos de su patria derribados,  
no fueron justamente sepultados?»

\*\*\*

¡Así de importante se revelaba la reciprocidad de las dos patrias, identificadas en la desgracia! ¡Reci-

(1) Fernando de Herrera, *Poesías*. Edición y notas de Vicente García de Diego. Madrid, 1914. Pág. 80.

prociudad derivada de un largo pasado común, que va de las Armas a las Letras, de la Política al Arte! Divergencias momentáneas pueden surgir aquí y allá, como en el caso de Fernando de Magallanes; pero el embate de los intereses nacionales es siempre corregido por la ley eterna de la Sangre y de la Historia, que nos hace encontrar a cada paso portugueses sirviendo bajo las banderas de Castilla y españoles haciéndolo bajo las de Portugal, y la regla que domina en las relaciones entre los dos pueblos es la de una cooperación que tiene tanto de amistosa como de espontánea.

Iniciada por la política matrimonial de los Reyes Católicos, esa cooperación amistosa entre Portugal y España se traduce bien pronto, y provechosamente, en la represión de la piratería berberisca, con nuestra marcha a la conquista de Túnez. Cuéntase que Carlos V, viendo el valor de la Escuadra mandada por el Infante don Luis, no pudo menos de exclamar que si fuese señor de Lisboa en poco tiempo lo sería del mundo entero. El reconocimiento de la importancia de Portugal como factor imprescindible para que la Península, colocada entre dos mares, se defienda e imponga por los medios que sólo el poder naval le ofrece, está del todo definido en la frase del Emperador. Más tarde lo sentiría igualmente, aunque en posición diversa, alguien que fué uno de los mayores obreros del Portugal Restaurado. Me refiero al Padre Antonio Vieira, el célebre jesuíta a cuya incansable actividad y alto genio político debió en buena parte el fundador de la dinastía de Braganza su consolidación en el Trono. Trátase de uno de los episodios peor interpretados de nuestra larga lucha

con Felipe IV, cuando el acto liberador de 1640. Apoyados externamente por Richelieu, Mazarino, su sucesor, nos abandonarían en 1659, cuando la paz de los Pirineos. En guerra en el Brasil, con Holanda, amenazados de que la paz de España con Francia, ya dibujada en el horizonte, redujese Portugal a un estado casi insostenible de resistencia, el padre Antonio Vieira midió con su vista de águila la situación, y resolvió conjurarla yendo absolutamente al encuentro de ella y aprovechándola en cuanto por acaso pudiese beneficiar a Portugal. ¿Cómo? Negociando simplemente el casamiento del Príncipe heredero de Portugal don Teodosio, muerto después prematuramente, con la Infanta doña María Teresa de Austria, única heredera en esa fecha (1650) de Felipe IV.

No me es fácil seguir aquí la marcha y el desenlace de tentativa tan curiosa como oscurecida de la vieja política peninsular. Lo que nos prueba una vez más que, si el *iberismo*, como doctrina unitarista, es a cada paso desmentido por la Geografía y por la Historia, el *peninsularismo*, en su expresión de solidaridad afectuosa, es exactamente una indicación constante de la misma Geografía y de la misma Historia. Así se ve en todo momento a los dos países, Portugal y España, por más desavenidos que estén, regresar por la fuerza de los acontecimientos a un principio de colaboración y entendimiento, que antiguos factores de división no permiten después fraguar en consecuencias duraderas y fecundas.

Sabemos que en Portugal la Casa de Avís, interesada de cerca en la política matrimonial de los Reyes Católicos, preparó un raro momento de identidad

de aspiraciones y gloria dentro de la vida social y cultural de la Península. Al contrario de lo que frecuentemente se imagina, la Casa de Braganza no trató menos de alcanzarlo, guiada por las razones ya citadas geográficas e históricas, que un día, ¡quién sabe si ya muy próximo!, acabarán por imponerse a las inteligencias más obcecadas, dictando a las dos patrias hispánicas la verdadera norma de su destino común e inmortal. Bien lo demuestra, después de diez años del feliz movimiento revolucionario que nos emancipó del centralismo odioso del Conde-Duque, la actitud para tantos aún incomprendible del padre Antonio Vieira. Transcurridos muchos años le hemos de escuchar justificarse en su *Sermón de Acción de Gracias* por el nacimiento del Príncipe don Antonio, hijo de don Pedro II, en 1695. Decía entonces el famoso jesuíta:

«Que me consientan ahora los portugueses que les saque una espina de la garganta. Porque están notando que el Rey (don Juan IV) quisiera en este contrato (el de casamiento de don Teodosio con doña María Teresa de Austria) deshacer lo que tenía hecho y tornar a unir lo que había desunido. Pero es porque hasta ahora callé una cláusula del proyecto, sin la cual yo tampoco hubiera aceptado la comisión.

«La cláusula es que en tal caso la cabeza de la Monarquía había de ser Lisboa; y de este modo se conseguiría para nuestro partido la seguridad, y para el Gobierno de la Monarquía, la enmienda. El yerro que ha causado muchos en España, como afirman muchos de los mejores políticos, es tener la Corte en Madrid. Por eso el Rey Felipe II, cuando vino y vió Lisboa, prudentemente determinó y prometió pasar

la Corte a ella. Con este fin se comenzó a edificar aquella parte del Palacio que llaman el Fuerte. Teniendo España tanta parte de sus dominios en el mar Mediterráneo, tanta parte en el mar Septentrional y tantas y tan vastas en todo el mar Océano, debería tener la corte en donde las olas batiesen sus muros; *y dependiendo todo el manejo de la Monarquía de la navegación de flotas y armadas, y de los vientos que cambian a cada instante* (1), ¿qué política podía hacerse más alejada de la razón que tenerla a cien leguas tierra dentro, donde los navíos sólo se ven pintados y el mar sólo en el agua escasa y dulce que en invierno proporciona el Manzanares?» (2).

¡Perdonen los madrileños que me lean, la ironía que el gran jesuíta dedica a la arrastrada pobreza de su río natal! ¡No se irriten al otro lado de la frontera mis compatriotas más suspicaces si en el eco de mis palabras llega allí también el de las palabras del Padre Antonio Vieira! Con una visión profundísima de hombre de Estado, el ilustre jesuíta consideraba justamente que siendo el poder naval («e dependiendo todo o manejo da Monarquia da navegacao de frotas e armadas», afirma él) la base del imperio filipino, su eje, naturalmente, se desplazaría hacia las orillas del Océano, con Lisboa por capital y la heredera del Trono español aliada matrimonialmente al heredero del Trono portugués.

Y el pensamiento del Padre Antonio Vieira se precisa en términos de entera justificación en las *Ins-*

(1) Lo subrayado es mío. (Del autor.)

(2) Transcripción del señor Lucio de Azevedo en su «Historia de Antonia Vieira». Tomo I, Lisboa, 1918.

*truçoes* diplomáticas recibidas con este fin del propio don Juan IV.

Dice el Monarca: «Puede parecerles (a los negociadores) gran inconveniente que se queden el Príncipe y la Infanta, los años que Dios fuera servido darme de vida, privados del Título y gobierno de Reyes y quedarme yo lográndolo. Será aún más duro de tragar al Rey de Castilla y a sus ministros; sin embargo, es tal el amor que tengo al Príncipe, y tal la confianza que me inspira, y tal el deseo de ver a mis vasallos en el descanso de la paz, que fácilmente venceré este inconveniente, renunciando a la Corona en su favor, con la condición de que así él como la Infanta han en este caso de vivir en el Reino sin salir de él ni ir a Castilla» (1).

Por cierto que no agradaría a la política de Felipe IV la propuesta de la Corte de Lisboa. Pretendió llevarse a efecto la negociación en Roma, con la aquiescencia, especialmente, del cardenal Lugo—«em tudo eminentissimo», aclara el Padre Vieira—. Pero el embajador español, que era el duque del Infantado, se opuso terminantemente a que se celebrasen tan siquiera conversaciones preliminares, intimando al general de la *Compañía* que mandase salir de Roma al inquieto hijo de San Ignacio, que tan alta ponía su mirada, pensando sólo en el bien de su patria. Así fracasó el proyecto de matrimonio entre el Príncipe don Teodosio y doña María Teresa de Austria, que estaba lejos de ser un bajo recurso oportunista de quien no pensase sino en sustraerse habilidosamente a un lance apuradísimo. Dotado de una

---

(1) Obra citada del señor Lucio de Azevedo.

rara penetración política, el Padre Antonio Vieira pensaba bien al pensar que la Monarquía filipina no subsistiría intacta sin el concurso del poder naval, y que éste no le sería posible sin Lisboa. Así, pues, en Lisboa debería estar la capital... ¡Y yo juro que la idea sonreiría francamente a todos los portugueses! Pero el Padre Antonio Vieira se engañaba suponiendo que una transferencia de la capital, de Madrid a Lisboa, motivaría en la Península el predominio de Portugal. Sin duda, siguiendo la atracción irresistible de los litorales, Castilla pasaría a incorporarse a la influencia de la vertiente atlántica de la Península. Pero no ofrece duda tampoco el que Aragón y Cataluña, por imposición de las mismas leyes geográficas, se desviarían hacia un punto completamente opuesto. Porque, relacionando los hechos con las causas que los determinan y concatenan, habremos de reconocer que la hegemonía de Castilla en la Península terminó con la batalla de Toro. Si el partido de doña Juana hubiese allí vencido, Castilla estaría hoy unida a Portugal, emprendiendo entonces con nosotros la conquista del Imperio de las Aguas. Venció el partido de Isabel, y con él, en fin de cuentas, quien venció fué Aragón, que arrastró a Castilla consigo para los subsiguientes conflictos de Italia y de la Europa Central. Se equivocaba, pues, el glorioso jesuita al pensar que Portugal se engrandecería al asimilarse la Monarquía española. Hubiera ocurrido seguramente a Portugal lo que sucedió a Castilla cuando, haciendo idéntica experiencia, intentó nuestra fusión. Un fermento de permanente discordia no consentiría nunca a las dos nacionalidades lograr el más pequeño instante de sosiego.

Otra es, por consiguiente, la lección que se puede aprender en los propósitos políticos del Padre Antonio Vieira. Realmente, en el poder naval reside la condición fundamental del prestigio de la Península. Reside, sin embargo, en una forma de acto bilateral en que ninguna de las dos Soberanías en presencia sea disminuída o subalternizada. A esa condición, que no admite sofismas, nos llevan las enseñanzas del pasado, mostrándonos con firmeza que es en ella donde debemos ir a buscar la llave de nuestro futuro, del futuro de ambos pueblos peninsulares.

No lo definía bien la intuición de Carlos V, en Túnez, al apetecer el puerto de Lisboa para que se tornase un día posible su sueño de señorío ecuménico. No lo definía bien; pero lo adivinaba. Lo adivinaba igualmente Felipe II, aparejando contra Isabel de Inglaterra la *Armada Invencible*. El poderío marítimo de la Gran Bretaña comenzaba a levantarse. Felipe II quiso ahogarlo en su cuna. No lo consintió el destino; no lo consistió la furia encadenada de los elementos. Y con el tremendo desastre se sumió en un prolongado crepúsculo la preponderancia de la Península sobre los dos mares que Dios parece haber confiado a su custodia.

Víctima de una calumnia secular que la crítica histórica sólo ahora comienza a deshacer, la leyenda negra en que se envuelve la personalidad de Felipe II desvirtúa obstinadamente las intuiciones que determinaron el Austria, siempre reflexivo y prudente, a atacar a Inglaterra dentro de su propia casa. Oigamos a este respecto un testimonio lleno de autoridad, por venir de alguien que no es pródigo en predilecciones españolistas:

«Todo el mundo conoce la forma simplista con que entre nosotros son generalmente presentados y apreciados los fenómenos de la Historia de Portugal. Don Juan II pasó la vida mirando las hogueras de la Inquisición. Don Sebastián, fanatizado por los jesuítas, llevó al país a Alcazarquivir; más tarde, don Juan V vive entre Odivelas y Mafra, y el país oscila entre la Inquisición y los jesuítas, hasta que el marqués de Pombal lo libró de todo esto» —escribe en su monografía *O Ultramar português* (1) el consejero Ayres de Ornelas—. Pero quien hoy se dedica al trabajo de estudiar o pretender estudiar la historia patria no se contenta con esta filosofía, bebida en la fuente *imparcial* de la «Deducción cronológica». Llega, por ejemplo, a la conclusión de que la política marroquí de don Sebastián era no sólo la verdadera y tradicional política portuguesa, sino que representaba la reacción contra el abandono de las plazas de Africa, iniciado en el reinado anterior. Camoens, uno de los más libres y esclarecidos espíritus del Renacimiento, una de las más poderosas inteligencias de su tiempo y el más genuino representante de la tradición nacional, defendió, preconizó y hasta impulsó esa política en estrofas inmortales. Y nadie piensa que fuese Jesuíta o Inquisidor. Del mismo modo el proyecto de la conquista de Inglaterra, concretado, por decir así, en la Armada Invencible, es atribuído muchas veces al *fanatismo* de Felipe II, que quería convertirla a viva fuerza al Catolicismo; pero como ese proyecto representa de hecho la consecución natural de la

(1) Porto, Companhia Portuguesa Editora, 1919.

política española en relación a Inglaterra, y como esa política tendía, sobre todo, a mantener ileso el poder naval de la Península, cabe aquí exponer naturalmente, aunque en términos muy resumidos, lo que ella era y lo que había sido».

Y el consejero Ayres de Ornelas continúa:

«La tradición nacional española pedía la alianza con Inglaterra no sólo para contrarrestar aquella que de tiempo inmemorial se había establecido entre Escocia y Francia, sino además, y sobre todo, para evitar que los dominios flamencos de la Casa de Borgoña cayesen bajo el poder de Francia. Toda la política de Carlos V y de la Casa de Austria en Flandes consiste en esto. Para darse cuenta de lo vital que este problema era para Inglaterra, basta notar que con Francia, señora de los mares del Norte desde la Mancha hasta Escocia, no había para ella un momento de sosiego, y por lo mismo el principal mercado extranjero del comercio inglés, la Península hispánica, estaría igualmente a merced de su enemigo secular. Y aún decimos más: que para que el comercio de la Península, del nuestro, especialmente desde el descubrimiento del camino de la India, era de vital importancia tener libre el acceso al mar del Norte y mantener así seguro el tráfico con las factorías de Flandes».

Ahora bien; para la política de Felipe la necesidad en que se basaba esa tendencia de España hacia Inglaterra no había dejado ningún modo de existir. Su casamiento con María Tudor demuestra bien cuánto le preocupaba la prosecución de una alianza entre las dos naciones, a punto de olvidarse por completo del repudio de Catalina de Aragón por Enri-

que VIII, y más tarde ser el propio Felipe el primero en favorecer las pretensiones de Isabel al Trono de Inglaterra. Lo que seguramente estaba en desacuerdo con el *fanatismo* de Felipe II; pues, como dice aún el consejero Ayres de Ornelas, «si Isabel no hubiese subido al Trono, lo hubiese hecho María Stuart, a un tiempo Reina de Escocia y casada con el heredero de la Corona de Francia».

Es Isabel quien rompe con Felipe II, emprendiendo un ataque sistemático al poder naval español, tan pronto como sintió segura la Corona. Los corsarios ingleses atacan a los galeones castellanos cargados de oro, y Drake deja una estela de ruina y sangre en los dominios americanos de Felipe II. Los desig-nios de Isabel son ya manifiestos; pero Felipe II no se decide todavía, no quiere perjudicarse con un gesto precipitado. «En realidad, era bastante condescendiente y lento para ser un fanático que no pensaba sino en convertir a la Reina de Inglaterra». «Tan sólo cuando tuvo la convicción de que la lucha era necesaria—prosigue el autor de *O Ultramar português*—fué cuando, naturalmente, se acordó de buscar un aliado en el sentimiento religioso, uniendo al mundo católico en una especie de cruzada contra el creciente y amenazador desenvolvimiento del poder naval protestante».

Y Ayres de Ornelas añade: «Hacia 1586, el proyecto de operaciones de la Armada puede juzgarse completo; el Rey tenía entonces en su poder el elaborado y voluminoso estudio de su organización, y el consiguiente plan de campaña, monumento admirable de conocimientos técnicos y precisión militar, debido al genio del gran hombre de guerra que fué

el Marqués de Santa Cruz. No sólo son curiosas las coincidencias que presenta con el que más tarde trazó el genio de Napoleón para resolución del mismo problema, sino que sus líneas generales puede afirmarse que concuerdan completamente. Resumiáse en conducir a Flandes una flota formidable, embarcar en ella el ejército de Alejandro Farnesio, llevarlo a la costa de Inglaterra y marchar sobre Londres».

Al propósito en que nos hemos empeñado de demostrar cuánto constituye para la vida y para la supremacía de la Península el poder naval, un factor de capital importancia, no es indiferente el acompañar de cerca los planes de Felipe II en el golpe dirigido por él contra Inglaterra. Veremos así, por honor y gloria del genio peninsular, a pesar del fracaso trágico que epilogó tantos y tan costosos preparativos, que Napoleón fué antecedido dos siglos justos en el empleo de los mismos medios por los admirables colaboradores del hijo de Carlos V. «La escuadra de Santa Cruz iba a desempeñar en el canal de la Mancha el papel que más tarde asignaría Napoleón a la de Villeneuve: mantener la hegemonía naval en tanto se efectuase la travesía del ejército y su consiguiente operación sobre Londres. Pero a Napoleón le faltó el puerto de Lisboa, base natural de semejante operación naval, y por eso tuvo que complicar su proyecto con elaboradas maniobras para hacer salir de sus puertos respectivos a las escuadras que Villeneuve debía concentrar bajo su mando, y la falta de tan perfecta y adecuada base naval no fué de las que menos contribuyeron para el malogro de sus planes imperiales. No tuvo esta falla el proyecto de Felipe, pero la muerte de Santa Cruz y su sustitución por el

duque de Medina-Sidonia, que *nunca había navegado*, fué ciertamente más perjudicial de lo que la muerte de Latouche-Tréville y su sustitución por el vencido de Trafalgar había de ser para Napoleón».

Un destino funesto quiso poner punto final al poderoso navalismo peninsular. Sólo Portugal se hizo representar en la *Armada Invencible* con diez galeones y dos galeras, llevando a su bordo 3.286 soldados, 1.712 marineros y 384 bocas de fuego. Todo quedó allí deshecho en el mar del Norte en una lucha sin tregua con la furia de los elementos y la pericia extremada de la gente de Drake.

¡Y la Península empezó a sumirse en un largo eclipse, que todavía no terminó, y que sólo encontrará fin cuando la *alianza peninsular* vuelva a restaurar el perdido sentido de la vieja *unidad hispánica!*